

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50 Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado: Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 182

Sevilla—Miércoles 12 de Agosto de 1903

AÑO XXVII

Los créditos de Guerra

La enfermedad que aquejaba al ministro de la Guerra ha hecho crisis y ha remitido la dolencia, gracias a un medicamento energético remitido desde San Sebastián y que ha producido efectos saludables, influyendo poderosamente en el ánimo del presidente para otorgar créditos que ya habían sido negados. Como de aquí a cuando se reunan las Cortes pueden ocurrir muchas cosas y falta mucho tiempo, el Presidente, que ha depuesto ya todas sus energías y está en busca de benevolencias para con todos los elementos que puedan aportar algún contingente electoral, ha cedido y reconocido la conveniencia del aumento en lo que se refiere a la paga del soldado, al aumento a la oficialidad de su haber y a lo que se refiere a dotación de material y algunas maniobras. No será el aumento de 9 millones que aparece en el presupuesto, sino que se reducirá a 304 millones, bien justificados, que dice Villaverde.

Curado el ministro se conjura la crisis, y si llega el Gobierno a las Cortes y a los tenedores de papel no les parece bien el aumento, fracasará en la comisión, que es el porvenir que espera al general Martitegui; morir de una estocada del presidente, pero a manos de la comisión de presupuestos. El conflicto de Marina parece que tiene espera, gracias a ciertos recursos de habilidad, como el viaje del ministro a los arsenales y la aplicación de ciertos créditos para conjurar las apremiantes reclamaciones de los obreros.

La inteligencia y el acuerdo del ministro de la Guerra con el Presidente ha alejado el conflicto, que hubiera revestido caracteres gravísimos, por las dificultades con que hubiera tenido que luchar el jefe del Gobierno para encontrar un general que se hubiera prestado a asumir la responsabilidad de suprimir las reformas y mejoras ideadas por el general Linares, máxime cuando ya todos estamos en el secreto de que la indotación de los servicios militares, como el trasiego que prepara González Bezada en la administración civil, no se destinan a contener la hemorragia de la sangría suelta del contribuyente, sino que van encaminados a eso que se llama reforzar el crédito nacional, y que, en realidad, no es otra cosa que vaciar la bolsa que se extrae sin conciencia del anémico labrador, del pobre industrial y de la desvalida clase de productores, en todas las esferas del impuesto, para vaciarla en francos en las gavetas privilegiadas de los españoles que entienden el patriotismo comerciando con nuestro papel más allá de las fronteras, con registro exterior, y de los extranjeros que extraen nuestra savia y se llevan el oro a espaldas, sin dejarnos aquí ni los residuos.

Este es el pensamiento de Villaverde y la famosa política de nivelación. Muriéndose a millares los obreros, faltos de trabajo y de pan, cerrándose fábricas y centros industriales, haciéndose imposible el desarrollo agrícola, tierras inmensas sin cultivo por falta de rendimiento, todo lo que constituye actividad y trabajo reproductivo, paralizado por la voracidad de un fisco sin conciencia, dirigido por un tenaz egoísta que todo lo sacrifica a que se liquide el cupón y se pague en oro a los prestamistas usurarios que han acaparado nuestro crédito y amenazan con la intervención si no se les satisfacen sus pingües beneficios.

A. A.

Murmuraciones

Un delegado del Gobierno, en un mitin celebrado en Madrid, prohibió a los oradores que se ocuparan en la historia de la revolución francesa.

Si yo hubiera sido uno de los oradores, le hubiera dicho al señor delegado:—Usted dispense, señor Melón... Haga el favor de apuntarme, como en las comedias, lo que he de decir.

Por lo que se ve, no es lo malo que el ministro de la Gobernación lo sea, sino que la gente que arrienda es de lo peorcito en clase de estúpidos.

Decididamente el señor ministro de la Guerra no ha nacido para pasar malos ratos.

Son tantas las conferencias y las firmas que tiene que celebrar y echar diariamente, que el ilustre héroe se encuentra agobiado, y está decidido a abandonar el ministerio que ocupa de real orden.

Los altos empleos del Estado tienen esa ventaja.

Cuando el llamado a desempeñarlos se niega a ello, no sufre ningún correctivo, ni se le impone la cesantía, ni siquiera le ponen mala cara.

Al contrario: se le otorgan las mayores facilidades y hasta, si lo pide, se le da una paga adelantada.

Si el albañil, si el herrero, si el pintor, si cualquiera obrero manual se niega al cumplimiento del servicio que le está encomendado, se le pone en medio de la corriente, y se le deja sin sueldo y sin pan.

Con los señores ministros de la Guerra, lo mismo que con las altas jerarquías, a las que se las llama servidores de la nación, no sucede eso.

Ellos compran su sueldo, y el mantenimiento vitalicio, por unas cuantas pesetas, cuando son jóvenes... y luego se echan a dormir.

Ya tienen la vida asegurada, sin otra ocupación que aquella que quieren aceptar buenamente y por hacerle un favor al que le paga, que es el Estado, la nación, ese burro de carga que consiente tantas liviandades.

Su Santidad Pío diez ha sufrido un desmayo que duró tres minutos, contados por el reloj del doctor Lapponi.

Algunos cardenales de los que todavía se encuentran en Roma han suspendido el viaje a sus diócesis respectivas por si hay necesidad de reunirse en concclave otra vez.

A Monseñor Sarto parece que le ha sentido muy mal el salto que ha dado desde Venecia a Roma.

Cuando leí los pormenores de este accidente imprevisto, lo achaqué a que Su Santidad hubiera tenido la debilidad de leer la pastoral-gacetilla que ha publicado Monseñor Spinola; pero he confrontado las fechas y no es posible que a ello se deba el accidente.

Todavía no ha podido llegar a Roma ese atajo de vulgaridades.

Desde Madrid nos anuncian que en los patios de Palacio entró una paca corriendo sin causar el menor daño... ¡Mal agüero! ¡Mal agüero! Esto se pone muy malo. ¡Ni las vacas ya le tienen ningún respeto a Palacio!

El Liberal hablando del Ayuntamiento de Sevilla:

“Tenemos tan triste experiencia de lo que dieron de sí los hombres a quienes el compadrazgo, los servicios políticos y los compromisos de partido llevaron a la casa del pueblo ayunos de iniciativas, vanos de entusiasmos patrióticos y sólo duchos en la maléfica obra de obstruir, que ahora, al procederse a la renovación biennial de la mitad del Ayuntamiento, fuera conveniente que se olvidaran ciertas prácticas consagradas.”

¡Yal...! Pero el colega se ha creído que las elecciones próximas se van a hacer como las otras: ¡Lo que diga el señor!

¡Prepárese, prepárese a ver cosas muy buenas!

A pesar de los censos amañados y a pesar de los presidarios sueltos.

Villagrán va a haber a quien la carretera de Extremadura le parecerá estrecha.

El mismo colega echándole agua al vino:

“Y no es que en absoluto muchos de esos mismos representantes, elegidos por una voluntad arbitraria y no por la del pueblo, que es la que debía designarlos, estén desprovistos de excelentes condiciones de administrar, sino que la llamada disciplina política y el agradecimiento, coartando los patriotismos y relajando los entusiasmos, esterilizan las más nobles energías.”

Querido colega: eso de encenderle una vela al Diablo y otra a San Miguel, está ya muy desacreditado.

Más arriba, en el párrafo que copio, dice usted muy clarito que son ayunos de iniciativas políticas y el agradecimiento, vanos de entusiasmos y sólo duchos en la maléfica obra de obstruir.

Con que... póngase usted de acuerdo con sí propio.

Si lo primero, sobra lo segundo.

Si lo segundo, sobra lo primero.

Y es que el colega, después que deja escapar la verdad por los puntos de la pluma, se acuerda de los amigos y trata de sacarlos del montón de los ayunos y de los vanos.

Documento más gracioso—¡qué digo gracioso, graciosísimo!—que la pastoral, ó arzobispal, publicada últimamente por nuestro querido D. Virtuoso, no se ha escrito jamás.

Si no supiera yo que D. Cecilio es incapaz de meterse por las puertas del palacio arzobispal, a él le achacaría el documento en cuestión, no por lo pedestre, sino por esa sorna *sui generis* con que parece estar escrito todo él.

¡Pobre señor, y cómo ha quedado después del terrible desengaño de quedarse sin el capelo!

Parece como que trata de guasearse con toda la cristiandad.

Lean ustedes este párrafo:

“La diócesis que regimos ha justificado el proverbial renombre que tiene de religiosidad, pues aunque el duelo por la pérdida del Pastor que apacentaba la grey cristiana haya sido universal, nos atrevemos a afirmar que en este rincón de la bella Andalucía, donde con tanta viveza se siente, se han vertido en la presente ocasión más lágrimas y más dolorosas, que en la mayoría de las comarcas del orbe.”

Yo lloro, tú lloras, a qué llora. Plural: Nosotros lloramos, vosotros lloráis, aquellos lloran.

Empezando por su reverendísima, quien no lo podía ver por no haber recompensado su virtud, a pesar de los dos viajes que dió para llevarle dinero de los demás, y concluyendo por el último mono de Sevilla, que yo no sé quién será, aquí no se ha derramado más que lo que se ha derramado siempre: el vino y el buen humor.

Señores: ¡qué sensatez revela una autoridad que dice esas cosas!

¡Nosotros lloramos más que nadie!...

¿Quién te lo ha dicho, virtuosísimo pastor? ¡San Apapucio en su visión decimotercera!

¡Y quién eres tú, virtuoso señor, para apreciar el sentimiento de los demás?

Este señor se ha creído que el puesto de obispo es un mercado, en el que todos los que venden dicen vender lo mejor.

Allá va otro trozo, estilo *Noticiero* puro:

“Nunca olvidaremos el espectáculo que ofrecía nuestra magnífica Catedral el 28 de Julio. Serio, grave, ostentoso aparato fúnebre; ¡Já, já, já! ¿Quién no se ríe de esto? ¡lúgubres cantos, cuyas melodías sumían el alma en profunda tristeza; majestuosas ceremonias, realizada por el número de los sacerdotes que en ella tomaban parte, y por la riqueza de los sagrados ornamentos que vestían; ¡Pues no estás diciendo siempre que la bolsa de la Iglesia está escurrída? ¡la presencia en altar de las Dignidades del Cabildo con sus mitras, rodeando al Prelado oficiante; una oración, por fin, elocucentísima, en que con filial ternura se evocaba la memoria del Padre amado que acababa de dejarnos, y se encarecían sus altas prendas; todo esto era para conmovér al más duro de corazón.”

¡Pón, pón, pón!...

Señores, ¿quién no se conmueve de risa al leer estas cosas, escritas por un señor que cobra de la nación 6,000 duros de sueldo, 1,500 de subvención para viajes, y diez ó doce mil de gajes, bulas, bendiciones y demás chucherías católicas?

Imposible nos es seguir paso a paso a este virtuoso señor. Llenaríamos El BALUARTE con su pastoral y con vuestras consideraciones.

Pero... ¿cómo dejar de consignar lo que sigue?

Nos habla de un telegrama que remitiera al Papa muerto en nombre de Sevilla, adjudicándose, por sí y ante sí, la opinión de todas sus ovejas, y exclama:

“El día 28 no pudimos hacer otro tanto; ¡ay! el Papa, el insigne ¡El insigne! ¡Como cualquier novillero! Papa no existía ya; mas al concluirse la ceremonia fúnebre, levantamos la mirada al cielo, y tornándola al gran Pontífice, a quien nos parecía contemplar entre esplendores de gloria: ¡Estáis contento, le preguntamos, de vuestros hijos de Sevilla?”

A cualquiera se le ocurrirá que si fuera verdad todo eso, León trece le hubiera contestado:

—¡Vete ya, lástolo! ¿Cómo voy a estar contento si me he muerto?

Pero no fué así.

El místico-satírico señor lo explica del modo siguiente:

“Y se nos figuraba que con semblante amoroso y sonrisa plácida nos contestaba afirmativamente, y que extendiendo su mano, no ya descarnada y trémula, cuando viola entre nosotros, ¡Suspense en gramática, virtuosísimo señor! sino firme y hermosa, nos bendecía con bendición celeste.”

¡Misté que blanquear las bendiciones a última hora, y engordarle la mano, que quiera que no!

Les digo a ustedes que este documento es de lo más delicioso que yo he leído en mi vida.

Estoy deseando concluir y me resisto, porque cada párrafo es una mentira, esto es, un pecado mortal.

Allá va otra bomba:

“En las horas de dolor que hemos pasado, ó más bien que estamos pasando, no han cesado de visitarnos nuestros diocesanos, solícitos de expresarnos que se hallan totalmente identificados con Nos.”

El sentimiento de Nos estaba manifestado en la mesa de covachuelista, en el pliego de papel sucio y en un lápiz, que ordenó poner a las puertas del palacio episcopal, para que fueran firmando el *sentimiento*.

Y sigue diciendo para robustecer el argumento:

“Apenas si habrá quedado además parroquia de la diócesis cuyos curas, en nombre propio, en el de su clero, de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares y en el de todos sus feligreses, no nos han enviado sentido pésame.”

¡Los curas hablando en nombre de las autoridades civiles y militares!

¡El colmo, caballeros!

¡Los generales del ejército sintiendo la muerte del Papa por boca del *pae Churrina!*

Si esto no es gracioso y verdaderamente spinolesco, que venga Dios y lo vea.

El arrendatario del servicio de sillas en paseos públicos de Sevilla, cansado ya de bregar con los señoritos conservadores del Ayuntamiento, ha presentado ayer un escrito interesando la rescisión del contrato y el abono de doscientas mil pesetas... Las mismas que tendrá que abonar el municipio sevillano por haber vulnerado el contrato establecido.

Llegará el mes de Diciembre, y los señoritos conservadores dejarán el puesto de concejal y ocuparán cada uno el sitio que le tengan designado en sus casas respectivas, y... ¡ahí queda eso!

—¡Que lo pague Sevilla! Ya nosotros hemos cumplido las órdenes de venganza que nos diera nuestro señor—dirán.

A ellos, ¿qué?

Si Sevilla fuera un pueblo viril haría un escarmiento con esos señores que han hecho del erario municipal túnica de Cristo.

CARRASQUILLA.

LA CUESTIÓN SOCIAL

LA UTOPIA
IV

Si a esta organización social donde obtiene uno la riqueza de las venas y de los

huesos de mil; que condena millones de hombres a un trabajo de bestias no confortado por ninguna dulzura de la vida, por ningún goce intelectual, por ninguna esperanza de mejor fortuna; que desmembra millones de familias, que hace de cientos de casas un infierno, que oprime y agota á la mujer, que diezma, corrompe y deforma á la infancia; si á este estado de cosas, que, sometiéndolo á una parte de los trabajadores á una fatiga inhumana, lanza en el ocio obligado y en el hambre á la otra mitad, la cual, después de haber luchado en vano por salir adelante, cae en la mendicidad, en la prostitución y en el delito; si á esta malaventurada división del mundo, que, provocando abajo el odio y encima el terror, asemeja la sociedad civil al triste castillo de la Edad Media, en que la familia de los señores, sentada al banquete, se estremece al ruido de los sollozos y de las imprecações de los prisioneros sepultados bajo sus pies; si á este montón de horrores hubiese un remedio de verdad, ¿qué hombre sería yo, digo en el fondo de mis meditaciones, que no cuidó, que no busco de ayudar, en la medida de mis fuerzas, á disminuir el mal, sino que, antes por el contrario, concurre, aun no queriendo, á acrecentarlo, y quiero fabricar sobre él mi fortuna? ¿Cómo puedo hablar de progreso, de civilización, de fraternidad, de patria?

Y aun cuando fuese una verdadera utopía, un sueño irrealizable la renovación de la sociedad que nos proponen, aun cuando no hubiere sino una mínima parte de idea sana y de esperanzas fundadas, ¿no deberíamos dedicar todas nuestras fuerzas á que, por lo menos, se pusiera en práctica y selleva á cabo?

¡Utopial Hace poco que se apagó para siempre aquella voz y aquella límpida y vasta inteligencia de un ilustre economista que decía: "El derecho de propiedad se modificará en sentido socialista ó se borrará el consorcio civil." Menos aún hace que se enterró á aquel generoso cardenal Manning, que dijo que no se podía continuar en el camino de la venta abusiva de la fuerza y de la actividad humana, en el camino por el que se hace de los niños y de las madres máquinas vivientes y de las esposas y padres bestias de carga.

Reposa no lejos de aquí el gran estadista italiano que nos profetizó la guerra civil si no se mejoraba la suerte de las clases inferiores; con lo cual se ve que él no estimaba como locura aquel intento. Está vivo y aún habita entre nosotros aquel venerado ministro de Inglaterra que dijo á los trabajadores: "Vosotros seréis dentro de poco los dueños del mundo." Hay, finalmente, insignes inteligencias en todas las razas y en todos los pueblos que estudian los males y los remedios, que afrontan por todos los lados el problema y buscan uno por uno los órganos vitales de la nueva sociedad con maravillosa constancia y con fe invencible.

¡Oh! Pensemos un poco si el orden general establecido en la sociedad, que ha venido mudándose profundamente á través de los siglos, ha llegado á un grado tal de perfección que deba dar un alto á la Historia, que no se pueda ya corregir ó cambiar ninguna de sus formas, ninguna de sus esenciales instituciones, sin causar un mal peor á la mayoría, á la cual resulta todavía intolerable.

EDMUNDO AMICIS.

VISION PROLETARIA

Sobre nuestra cabeza se extiende el cielo como un palio azul que transparenta el infinito. Los campos se visten floridos y nos sonrte en ellos la vida, brindándonos los ubérrimos senos donde siglos y generaciones se amamantan. Los ojos dulces, luminosos, de la doncella, sus carnes rosadas y tembladoras, envían á nuestro pecho misteriosos mensajes de un mundo ideal. Y florecen en el corazón tres amores: el amor del cielo, Religión; el amor á nuestra tierra, Patria; el amor de la mujer, Familia. En las manos del hombre, la Religión conduce á la intransigencia; la Patria, á las discordias y guerras; la Familia, al culto de los ídolos engañados, al impulso carnal. Todo lo marcha nuestro aliento. A nuestro contacto la sanidad se trueca en podredumbre.

El rico huye de ese mundo real, áspero y cruel, y se refugia en otro mundo artificioso que

su dinero le procura. Soborna á los dioses y los pone á su servicio ó los hace tolerantes; se redime de la guerra; compra caricias. Para él es la vida. Para él luce el sol. El pobre, sujeto á la realidad por cadena de esclavo, ha recogido siempre las pesadumbres que aquel rechaza. Lleva muchos siglos de sufrir. Contra sus miembros ateridos se estrelló siempre el cierzo. Sobre su frente cayeron las maldiciones, y sobre su espalda se grabaron los estigmas. Gustaron sus labios la hiel y no la ambrosía. Descalzo va haciendo su jornada: un tiempo como peregrino, otro como emigrante, siempre sobre abrojos. Negaron á su mirada la luz y le sumergieron en noche sombría. Cargaron sobre sus hombros los rigores de todos los yerros, y los soportó. En su tristeza confortábase la esperanza en otro reino de justicia, y hasta ese bien le arrebató la maldad. H y ya ni cree ni espera.

El humilde está enfermo. Muchedumbre inabarcable de oprimos gime y se estremece convulsa. Parece un monstruo iracundo y es un amasijo de dolores. En montón se revuelven ahora todos los que sufren: los pequeños de la Humanidad, los obreros, los campesinos, los explotados, los perseguidos por la justicia, los que buscan y no hallan, los que anhelan sin esperanza, los tullidos de alma y los lisiados de cuerpo; los hambrientos, la innumera patulea de los hijos de Adán desheredados.

No lograron gozar la fresca sombra de un árbol y prosiguen su inútil viaje infinito al través de nuestra desnuda miseria, abrasados por fuego inclemente, en manada sin guía, que hinche el camino de lince á lince hasta lontananza, y lo trueca en río caudaloso por donde corre el humano dolor. Y esa multitud de humildes cuenta á cada paso sus tristezas con gemebundos ó airados acentos, y pregunta é inquiere cuándo va á cesar su peregrinación, cuándo habrá fresca sombra y alegría para todos, y llora al sentir que el espacio le devuelve el eco vano de sus clamores; mientras ella prosigue su viaje, y anda y anda y anda sin descanso, sin término.

Quizás se agota su paciencia ó la rinde la jornada. Vemos ya á las multitudes arremolinarse. Buscan los humildes entre sí recíproco apoyo y se aprietan en grupos. Llámense socialistas, anarquistas ó simplemente proletarios. Los más cierran los ojos y se resignan. Y al ver cómo se disponen, nosotros, los más felices, porque sumos eludir las tenturas que á ellos los acongojan, nos sobrecegemos de temor. ¿Por qué nos inquietamos? ¿Somos acaso sus enemigos? Desean ellos que se extinga el dolor, y nosotros lo deseamos también. Escribimos á diario invocando la humana solidaridad. Las voces de la conciencia despiertan las almas aletargadas y les revelan el sufrimiento de sus hermanos. Y todos apetecemos que venga el reinado del bien y de la justicia, y que se alejen el fanatismo y la guerra y la carnal concupiscencia, fuentes de donde nuestras desdichas emanan. ¿Por qué temer?

Sufrimos la obsesión del odio y de la discordia. En los socialistas no vemos más que partidos nuevos que solapadamente invaden nuestros dominios para señorearlos. En los libertarios, bárbaros asesinos destructores. En los que callan y se resignan, legiones amorfas de donde una mano cetera entresacará combatientes. Ven nuestros ojos en todas partes la fosforescencia y el relampagueo de los enemigos. Nuestras inquietas pupilas avizoran siempre la traza del encono; jamás aciertan á encontrar el rastro del amor. Y quizás son, más que enemigos, enfermos. Tal vez la multitud de los pequeños que claman no es legión que se apresta al combate, sino tropel de calenturientos. Y sus anhelos, y sus hervores, y sus arrebatos: no sean otra cosa que intangibles escapes del febril ensueño en que arden y se consumen los residuos de su ilusión y de su esperanza, transformándose en visiones de una más alta humanidad.

Y sueñan con una dicha inaccesible. Los evangelios de esos nuevos creyentes parecen poemas dulcísimos, imaginados al indeciso resplandor de su fiebre. La sociedad actual cederá su plaza á un más suave imperio. La tierra abrirá las fuentes de la vida para todos. Se tornarán los hombres iguales. Puesto que el mal es la resaca del odio, la sociedad nueva lo ahogará en un océano de amor. Desterrado el egoísmo, prevalecerá la fraternidad. Se difundirá el bienestar por el mundo. No habrá tuyo ni mío; todo por el necesitado. Los pueblos no serán, como hoy, tropel de miserables, conducidos por pastores, á medias venturosos, sino grandes familias, albergues de la felicidad. Y los ojos se fatigarán buscando estérilmente á los que sufren, y los oídos no escucharán las lamentaciones desgarradas que suscita la iniquidad triunfadora.

¡Visión de fiebre! Mas ¿por qué tal ansia divina engendra la discordia? ¿Todos sacrificamos en las aras del mismo anhelo. ¿Quién abominará

de ese paraíso soñado? Quien ama la justicia y el bien, confunde su ideal entrevista por el humilde en el término imaginario de sus reales desventuras. Acaso el fingimiento de hoy será mañana verdad. Pero las fuerzas de todos se consumen en reñidas y crueles porfías de uno y otro elemento social. ¿Por qué, si todos convenimos en las monstruosidades que el mundo actual contiene? ¿Por qué, si todos apetecemos apresurar con nuestro esfuerzo la aurora de un día nuevo que alumbrará la dicha para los humanos?

«Amáos los unos á los otros», dijo el Maestro; y en la entraña de las sociedades que le siguen se entroniza la guerra. Buscamos con afán los caminos de la defensa y el ataque, no las vías de la concordia y la paz. Nuestra soberbia nos aparta del humilde, y quiso Dios que el humilde fuera exaltado. De sus ensueños hemos de aprender bellas lecciones. Postrale su dolencia, y aún levanta el espíritu á espacios luminosos de esperanza. A nuestras palabras de recelo oponen dogmas de amor, y los lega á la Humanidad futura: crisálida escondida en el sufrimiento, cuyo vuelo de mariposa es entrevisto por el humilde en sus ensueños. Y esos dogmas le alientan y sostienen cuando, robusto obrero, forja con sus brazos la cadena de oro con que le cautivan sus dominadores, y cuando errático desvalido, duerme en crudo invierno, acurrucado en el hueco de un portal, mientras los blandos copos de la nevada caen sin ruido borrando las huellas de la muerte que ronda.

BALDOMERO ARGENTE.

Catástrofe en París

EL METROPOLITANO

Las noticias telegráficas que se reciben de París, referentes á la catástrofe del ferrocarril metropolitano entre las estaciones Couronnes y Menilmontaut, son horrosas. Se incendiaron dos trenes que conducían diez y seis coches de viajeros. Estos no pudieron escapar de las galerías, muriendo quemados ó asfixiados.

Hé aquí algunos de los telegramas que con detalles de la hecatombe publican los diarios de información telegráfica:

"Algunos de los viajeros presos en las galerías consiguieron escapar después de improbos esfuerzos.

En las farmacias próximas al sitio del siniestro se les presta auxilio.

Es inminente el peligro de que se hundan las bóvedas de la galería.

En este caso será la catástrofe horrosa.

También se corre el gravísimo peligro de que explote la cañería general del gas.

Trabájase desesperadamente por impedir estas amenazas.

Las tropas hacen sobrehumanos esfuerzos para contener la muchedumbre que pretende entrar.

Los bomberos merecen los mayores elogios por sus trabajos verdaderamente heroicos.

Algunos salen de entre el humo con síntomas de asfixia; otros presentan en su cuerpo quemaduras graves.

El humo dificulta la extracción de los cadáveres.

A las siete de la mañana iban extraídos sesenta y un hombres, en su mayoría obreros, diecisiete mujeres y cuatro niños muertos por asfixia.

El aspecto que presentan es horroso. Demuestra que sufrieron larga y terrible agonía.

Tienen los brazos levantados y crispados los dedos, torcidas las piernas, amaratado el rostro y muchos presentan coágulos de sangre en las narices.

La muchedumbre que presencia los trabajos de salvamento no cesa de lanzar exclamaciones de terror.

Calculábase en noventa el número de las víctimas.

No se conocen todavía las causas de la catástrofe.

El espectáculo que ofrecen los cadáveres es horrible.

Las ambulancias conducen los cadáveres á la Morgue.

La multitud se descubre á su paso.

Los trenes quemados son tres ó cuatro.

A alguno de los que se hallaban en el túnel no le alcanzaron las llamas, pero todos los viajeros perecieron asfixiados.

Los maquinistas, conforme se acercaban al fuego, gritaban para que los viajeros procuraran ganar las salidas.

Se produjo un pánico horroso. Solo cinco viajeros lograron salvarse saliendo medio asfixiados.

La causa de la catástrofe parece que fué el haberse desprendido un hierro del coche motor que produjo, al contacto con los rails, un pequeño circuito, ocasionando el incendio de los coches.

A esto siguió una espantosa detonación.

Se quemaron los cables de la luz, quedando la galería á oscuras.

Algunos viajeros se arrojaron al suelo entre la espesísima nube de humo, arrojándose en busca de su salvación, que no pudieron alcanzar.

A la una y media de la madrugada se logró descender al túnel por la estación de Menilmontaut.

A las tres de la mañana quedó inundada de agua la tremenda hoguera, localizándose el fuego.

Por un extremo del túnel, la temperatura llegaba á setenta grados, impidiendo á los bomberos acercarse á los coches.

Cuando iban extraídos ochenta y dos cadáveres, los bomberos dijeron que ardían tres trenes, haciendo esto que aumentase la ansiedad de los parientes y deudos de las víctimas.

La policía hacía grandes esfuerzos para contener al público á quinientos metros de distancia del lugar de la catástrofe.

A las nueve y media de la mañana iban extraídos noventa y dos cadáveres.

El prefecto ordenó que se llevaran los féretros necesarios para colocar en ellos los cadáveres conformes se iban extrayendo.

Fué preciso desde que amaneció reforzar los cordones de la policía y de la guardia republicana para contener á más de cien mil personas que había estacionadas en los alrededores del lugar de la catástrofe.

No ha aparecido ninguno de los empleados de los trenes.

Supónese muertos. En la estación de Couronnes, donde la oscuridad bloqueó á los viajeros, hay un extenso charco de sangre donde nadan sombrillas, sombreros, un pan y otros objetos.

En otros lados del túnel se divisan también sombreros, paraguas, zapatos y trozos de vestidos mezclados.

El tren primero permanece calcinado y con los vidrios rotos por el estallido de los muros y bancos.

Los timbres eléctricos no cesaron de sonar desde la siete de la tarde.

La estación de Menilmontaut está casi destruída.

El edificio ha quedado calcinado por el fuego.

El reloj se paró á las siete y veinticinco minutos de la tarde.

Los restos de los trenes forman una masa informe de hierro, madera y cables eléctricos, que penden á todo el largo de la vía.

La elevación de la temperatura convirtió el subterráneo en un verdadero horno, fundiendo todos los cristales.

El prefecto ha ordenado que los cadáveres descompuestos por la elevada temperatura que sufrieron, sean colocados en aparatos frigoríficos en la Morgue, para poderlos sostener el mayor tiempo.

El procurador de la República, en unión de los ingenieros de la compañía, ha abierto una información para depurar las responsabilidades de la catástrofe.

Noticias de espectáculos

Anoche fué representada en Eslava la popular zarzuela *Los diamantes de la corona*, valiendo aplausos á sus principales intérpretes.

La compañía que dirigen los señores Aguadé y Constantí se esmeró cuanto pudo por salir airosa de su empeño, mereciendo singular mención—por su aciert